

## LOS "NUEVOS FILOSOFOS" EN LA POLITICA

POR

JORGE USCATESCU

Mucho antes de que *Time* haya concedido patente de «universalidad», a los nuevos «filósofos» parisienses atrincherados en la fortaleza de la Editorial Grasset, nos hemos ocupado varias veces de su singular aventura en estos pagos. Se trata de una aventura que une de forma especial el destino de la filosofía como profesión e incluso como vocación y el destino y los avatares de la política.

Desde Platón ha habido dos formas distintas del interés de los filósofos por la política. Podríamos llamarlas, en función de la experiencia del propio Platón, la «forma» de Atenas y la «forma» de Siracusa. La primera se refiere a la manera adecuada del filósofo para participar en el destino de la *Polis* desde su propia auténtica posición de filósofo pensante sobre el destino del hombre como ciudadano. La segunda se refiere a la colaboración del filósofo con el tirano, a lo que en términos de ardiente y candente actualidad pudiéramos llamar la tentación totalitaria, que tanto afecta en esta época a muchos intelectuales de Occidente y tanto se ha denunciado desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días. Las cosas se han ido complicando muchísimo desde que Marx ha intentado enseñarnos que el papel del filósofo ya no estriba en *interpretar* el mundo, sino en *transformarlo*. Ha habido en estos últimos tiempos dos formas de no estar de acuerdo con este punto de vista expresado por Marx en su *Tesis XI*, que dice textualmente: «Los filósofos no han hecho sino *interpretar* el mundo de diversas maneras, pero lo que importa es *transformarlo*». Una de las formas de criticar a Marx pertenece a Heidegger, al Heidegger último, el que define a

la teoría y la praxis marxianas como dos hermanas nacidas de padre y madre desconocidos y el que dice que la interpretación significa de hecho, ni más ni menos, una tarea profunda de transformaciones.

La segunda manera de enfrentarse con la tesis de Marx la expone François Châtelet en un libro publicado precisamente por Grasset, ciudadela de los «nuevos filósofos», que se titula *Políticas de la filosofía*, donde la tónica general es precisamente la marxista, hasta el punto que el libro y sus colaboradores han merecido una acerada crítica por parte de Raymond Aron. «Afirmar que los filósofos —escribe Châtelet— no han hecho sino *interpretar* el mundo, significa proponer un recorte de la historia y una visión de la filosofía completamente alejados de la realidad. Desde Platón los filósofos han sido siempre hombres "empeñados" y siempre han intervenido políticamente en su tiempo. Incluso se puede decir que han tenido concepciones políticas precisas. Ciertamente las presentaban con frecuencia enmascaradas. Sus discursos, adoptando vías torcidas, daban a entender que hablaban de otra cosa. Según mi conocimiento, no existe un filósofo que no haya intervenido en la realidad. No tengo temor en afirmar que los filósofos han participado en la transformación del mundo y lo han hecho políticamente».

En este sentido se hace referencia a la «militancia» política de los filósofos desde Platón hasta Spinoza, Kant, Hegel, Nietzsche, Marx y, en nuestro tiempo, pensadores tan contrarios a la «caída» en la historia como Heidegger. En este contexto conviene enfocar la acción y el éxito de los jóvenes «nuevos filósofos» parisienses. Habiendo participado en la singular aventura de mayo de 1968, en estos últimos diez años, su acción, que reúne los mensajes del poder con los mensajes de los que desean el poder, que combina la sacralización y la desacralización del poder, ha tenido un éxito notable. Hasta el punto que las dos grandes agrupaciones políticas empeñadas en la lucha electoral en Francia se empeñan en captar la simpatía y la adhesión de este grupo de «nuevos filósofos», que no se indignarían en absoluto si se llegara a llamarlos nuevos ideólogos de la filosofía metida hasta sus entrañas en la política y la aventura del siglo. ¿Quiénes son en realidad? Aparte sus nombres y tendencias personales, aparte su procedencia y su adhesión a dife-

rentes maestros, casi todos ellos cabeza de fila de varias tendencias estructuralistas, aparte su pendulación constante entre la izquierda y la derecha, los «nuevos filósofos» están en línea de una vieja tradición de la cultura francesa que se inicia con aquellas famosas *sociétés de pensée* operantes en la Revolución francesa, brillantemente estudiadas en vísperas de la Primera Guerra Mundial por Augustin Cochin.

En su libro polémico *Contra la nueva filosofía*, François Aubral y Xavier Delcourt presentan la aparición y la actividad de este grupo que por su carácter de grupo de filósofos nuevos y dinámicos, políticamente activos, han trascendido ya de los dominios de su pura actividad de «pensadores» para irrumpir en la vida pública con una hábil y organizada maniobra de los medios de comunicación. A través de estos medios, el público se ha habituado ya a los nombres de Jean-Marie Benoit, cuyo libro *Pavana por una Europa difunta* hemos comentado ampliamente a principios del pasado año: Michel Guérin, Jean-Paul Dollé, Christian Jambet, Guy Landreau, Françoise Lévy; Bernard-Henry Lévy, que dirige en Grasset las colecciones *Figures*, *Théoreticiens* y *Enjeux*; Philippe Nemo, Maurice Clavel, André Gluecksmann.

Tras todos ellos está la experiencia del 68, pero junto a ella está el peso del estructuralismo, ideología filosófica y exegética dominante en Francia y acaso en el mundo, y están, sobre todo, los «maestros». Los nuevos profetas y gurús, que son estos nuevos filósofos, dispersos y unidos a la vez, invocan la presencia de los maestros: Levy-Strauss, Lacan, Guattari, Deleuze, Althusser, Foucault. Y una nueva especie de mística y magia. La presencia del «ángel». Culminación del maoísmo y la revolución cultural, una dimensión apocalíptica de la existencia, éxtasis, sortilegio, la rebeldía, el juego. La invocación de los maestros» conduce a una nueva especie de gnosis, que es acaso el elemento unificador de las tendencias dispersas de este grupo singular que sabe buscar y conseguir el éxito de un público alejado de toda preocupación especulativa. En plena crisis de la filosofía, los nuevos filósofos apelan a nuevos ídolos metafísicos: Jambet-Lardreau, al nuevo Evangelio del *Angel*; Dollé, al *Origen*; Nemo, a *Dios*, en parte muerto, en parte cadáver; Guérin, a Nietzsche y su

pedagogía. Clavel, el conservador, nos ofrece una sabrosa introducción a la *Crítica de la Razón pura*, de Kant, donde detecta «ridículos postulados», para concluir: «Digamos adiós a Kant, pero un adiós bastante triste. Porque después de su extraordinaria luz retrocedió, traicionó, renegó. Filósofo de profesión —incluso profesor—, sintió el primer espectro de la desocupación y quiso mantener su empleo». Los grandes temas de la filosofía buscan nuevas vías del surrealismo y en términos pseudosurrealistas son tratados los grandes temas de la filosofía, de la teología y de la ontología. Todo para invocar una nueva trascendencia fundada en el imperio del discurso irracional. Hasta justificar esta singular crítica del grupo en sí: «Jambet amputa a Platón y enmascara a Hegel; Guérin angeliza a Nietzsche; Jambet y Lardreau miran a Lacan, a Marx y a los gnósticos a través de los ojos bobos del «ángel»; Dollé imita simiescamente a Heidegger; Nemo lacaniza a Dios; Clavel traiciona a Kant, a Foucault y a Marx». Todos oponen, a la tiranía de la política, un «nuevo romanticismo» nihilista.

Pero el gran filón del encuentro con el público está conseguido y explotado al máximo. De ahí el salto prodigioso de la «nueva filosofía» en la «nueva política». El mejor organizado de todos en la materia es André Glucksmann, con obras ya traducidas en España sobre temas de la disuasión y la guerra. Con el mismo espíritu con que se han abordado los grandes temas de la filosofía son abordados los temas de la política: Marx y el marxismo, los «gulags», Solyenitsin, el capitalismo, el fascismo, el maoísmo, la derecha, la izquierda. Nacidos en el anarquismo de la extrema izquierda, los nuevos filósofos no tienen reparos a que se les califique integrados en una nueva derecha anticomunista, mezcla de Mao y de Acción francesa. Hasta el punto que los críticos les acusan de que para ellos toda referencia, de cualquier signo y grado, forma parte del complejo de ingredientes del éxito. Forjadores de fórmulas, el ambiente cultural en que se mueven las acoge con facilidad, ya que, dígame lo que se diga, el ambiente es cada vez más proclive a los psiquismos que a la racionalidad. Sirva como botón de muestra esta frase pregnante de Bernard-Henry Lévy: «Sin Marx no hay revolución, sin el marxismo no hay *gulags*». Para Lévy, Europa y Francia, son

nombres «exóticos», «seres de razón», «detalles» de su propia biografía. Clavel se declara de izquierdas, proclama que debe ser de izquierdas, pero confiesa: «La izquierda me da asco. Hay en mí un vasto, un gigantesco asco hacia la izquierda».

Tras todo ello permanece la constante referencia a los acontecimientos del 68, a los cuales todos estos nombres pretenden sentirse aún ligados. Pero los tintes del cuadro se complican enormemente a medida que se recorren en toda su complicada proliferación las páginas de sus propias obras. Idólatras e iconoclastas, internacionalistas extremos y racionalistas en la tradición de Barrés y Maurras, admiradores de Mao y denunciadores de un Marx burgués alemán, una especie de nueva *gnosis* los une a todos en un impulso de incontestable efervescencia. Pero, sobre todo, con todo el pesimismo apocalíptico y todo el fervor antiestetizante de la mayor parte de ellos, en ninguno de ellos falta esto: un deseo irrefrenable de éxito, un impulso a ganar adeptos y una fuerte vigilancia para que nadie extraño penetre en su fortaleza hábilmente conquistada y reforzada. Ahora, para ellos solamente a través del «discurso» se puede acceder a la rebelión, a la revolución imposible, al «ángel» unido al maoísmo «cristo-gauchista» y a la revolución cultural permanente. Pero tras todo ello está la política y el poder con todos sus ingredientes. Avatares y divagaciones del discurso no logran hacer olvidar la imagen de Mao, nacida de la actuación de Stalin: «Éramos stalinistas porque éramos políticos».